

Cada sujeto escribe su propia historia

Gamarra, Johana

Kerner, Estefanía

Porcile, Rocío

Regiardo, Vanina

Comenzando a escribir

Este escrito tiene como objetivo establecer una postura crítica que ponga en cuestión el saber de los diagnósticos para poder posicionarnos frente al niño que tenemos delante como un sujeto. Interrogar aquellos saberes que tratan la discapacidad poniendo su foco en aquello que no funciona, en eso que desde lo orgánico se lee como roto y desviado, permite interrogar el lugar de lo “patológico” que impregna el concepto de discapacidad.

¿Influye en la constitución psíquica de un niño el hecho de ser nombrado desde el *discurso de la discapacidad*? ¿Es el saber sobre la discapacidad anterior al sujeto y determinante en su constitución? ¿Qué lugar ocupa la discapacidad en el deseo de los padres?, ¿qué abordaje podemos hacer desde la escuela?

Consideramos que poner en tela de juicio el discurso hegemónico respecto de la discapacidad, es otra de las vías para recuperar la dimensión subjetiva obturada en las clasificaciones establecidas.

La discapacidad antecede al sujeto

De todas las especies vivientes, el bebé humano es el que más demora en lograr su autonomía. Como no cuenta con los recursos biológicos indispensables para satisfacer sus necesidades, cuando nace un individuo de la especie humana, queda completamente expuesto a ellas. No obstante, es gracias a esta insuficiencia con la

que nace, la que permite encontrar una incógnita que otorgue un terreno a la dimensión psíquica. El papel del semejante, a diferencia de las otras especies, cobra un papel de suma importancia, no sólo para colmar esas necesidades, sino sino también como un discurso que lo espera.

El niño, cuando llora y grita, comienza a propiciar una lectura por parte de un otro, y es ahí, el momento en que nace la traducción de estas manifestaciones como origen de la demanda. De esta manera, ingresa en un ordenamiento simbólico que lo preexiste, nace en un mundo de significaciones, y es por eso que decimos que el lenguaje antecede al sujeto. Desde que es concebido el niño es hablado por sus padres, incluso se habla de este niño antes de su gestación, en el deseo de esos padres, en sus expectativas y temores.

Sin embargo, el discurso parental no sólo opera entérminos de transmisión del lenguaje, sino que cuando le hablan a un bebé, esos significantes van dejando a su paso las huellas del deseo parental en el cuerpo. Estas marcas en el cuerpo no hacen más que hablar acerca de cómo el atravesamiento del lenguaje en lo orgánico va dejando a su paso huellas significantes que marcan simbólicamente lo corporal.

Por eso es que no podemos enfocarnos sólo en lo biológico cuando hay algo de lo orgánico comprometido. Estas afirmaciones no tienen como finalidad desestimar el papel de lo biológico, sino que, al contrario, le devuelven al orden simbólico la importancia que cobra en la estructuración psíquica.

Si el lenguaje antecede al sujeto en su constitución, precede y espera este sujeto, que es nombrado, deseado y fantaseado por los padres, podemos preguntarnos ¿qué sucede cuando la red simbólica atrapante y subjetivizante no sólo se constituye por el deseo de los padres sino que también por un discurso histórico, médico, cultural, que demarca cuáles son los límites de lo normal y lo patológico?

Pensar en términos de “sufrimiento”

El nombre del libro de Beatriz Janin: “El sufrimiento psíquico en los niños”, ya nos invita a pensar y a interpelarnos en relación a ese niño que tenemos delante. Pensarlo como un mero cuerpo biológico que según el proceso de maduración va a ir desarrollando y mielinizando sus conexiones neuronales para ir logrando conductas adaptativas; o como un sujeto en construcción “signado por otros, en un devenir en el que los movimientos constitutivos fundantes se dan desde un adentro-afuera insoslayable” (Janin;p11). El poder pensar en términos de “sufrimiento”, implica una postura clínica, implica un nuevo modo de mirar e interpelar sobre aquello que le pasa a un niño. Es considerarlo como un sujeto de deseo que, atravesado por la cultura y por los condicionantes de su relación con el otro, intenta hacer algo con ello. Es poder pensarlo en una posición activa en su proceso de estructuración, en donde si bien depende de este otro al mismo tiempo construye algo propio, separándose y diferenciándose. El rotularlos con un diagnóstico, el someterlos y reducirlos a un conjunto de síntomas implica eliminar lo propio, lo singular y sellar la posibilidad de que algo nuevo pueda surgir. El niño aplastado por el diagnóstico ¿qué posibilidades tiene de poder producir algo propio, algo nuevo y ya este nombre habla por él?

El deseo del otro

Dijimos que es a partir de las traducciones parentales que las expresiones infantiles se van convirtiendo en pedido, pero aquí está el problema, porque como toda lectura de la falta no coincide con la falta, siempre habrá una traducción fallida que no logra encajar. El problema aparece cuando el niño sigue llorando aunque se lo alce en brazos, o se le dé el biberón, entonces, ¿qué quiere este niño?

Ese hijo que nace no coincide completamente con aquel idealizado, y poco a poco, comienza a caer de ese lugar. Este desfasaje no es sin angustia pero es lo que permite una oscilación del ideal paterno que hace a la emergencia de la singularidad, de la particularidad. Si bien es cierto que esto ocurre en todos los casos, respecto a ello, Jerusalinsky (1988) dice algo muy interesante. Refiriéndose a

padres cuyo hijo presenta alguna discapacidad, nos explica que cuando el niño aún es pequeño y recién comienzan a manifestarse los primeros signos de la patología, la discapacidad está más viva en el discurso de los padres que albergada en el niño mismo. Es imprescindible que tengamos en cuenta el impacto que un diagnóstico puede generar en la mirada que tengan los padres de sus hijos. Muchos padres frente a los diagnósticos, dejan de mirar a su hijo como tal y el nombre del diagnóstico viene al lugar del nombre del niño.

¿Son malos padres? ¿Hacen las cosas mal con sus hijos? ¿Es necesario educarlos en materia de discapacidad para que puedan enseñarle a su hijo los comportamientos adecuados?

Los juegos, la libidinización corporal, la transmisión del lenguaje, parecen darse de modo espontáneo. ¿Qué posibilidad de encuentro del otro fundamental y el niño, se produce en una relación atravesada por el diagnóstico? ¿Qué posibilidades hay para la espontaneidad en la crianza, para erogenizar ese cuerpo con placeres y prohibiciones cuando el vínculo está marcado por un diagnóstico y el saber de los padres debe reducirse y someterse al saber de un discurso marcado por certezas biológicas que determinan qué podrá lograr y que no ese niño?

¿Cómo podemos pensar esto en la escuela?

Según B. Janin nuestro trabajo debe ser capaz de construir una historia, pero no sólo eso: debe construir un idioma que el niño pueda hablar y el paciente entender. Nuestro abordaje coincide con este decir, ya que apuntamos al trabajo con un sujeto y no con un diagnóstico. Significando los actos de los niños, dando lugar al surgimiento de lo nuevo, de aquello que pueda sorprender, dando sentido a sus expresiones, es decir, poder pensar la dificultad infantil como un mensaje, como algo a analizar y a escuchar.

Parte fundamental de este abordaje es el trabajo con las familias, facilitando otra mirada posible sobre ese hijo/a, restituyendo y privilegiando la idea de niño sobre el diagnóstico. Poder devolverles su “saber como padres”, habilitando un conocimiento mutuo, restituyendo el vínculo y el intercambio por fuera de cualquier saber profesional.

¿Trastorno de espectro autista?

El enunciado aparece como una invitación a pensar acerca de las etiquetas y las categorías que se construyen en torno a los diagnósticos.

Reflexionar acerca de estas cuestiones, no sólo pone en jaque nuestra forma de construir estos rótulos, sino que también nos invita a interpelarnos sobre cómo intervenimos en los procesos subjetivos de aquellos niños que presentan dificultades en la llamada “normalidad”.

De aquello que se espera y de aquello que es, del imaginario del como debiera ser y la realidad que nos arrasa y nos moviliza, que nos obliga a cuestionar nuestras concepciones del mundo.

Pensar el lenguaje verbal como única vía de comunicación sabemos que es algo que quedó en el pasado. El lenguaje visual, gestual, sonoro, corporal, muchas veces puede decir más que una palabra. Entonces la pregunta sería, ¿Por qué muchas veces quedamos entrampados en analizar las dificultades de los niños en vez de indagar sobre sus potencias?

Construir sobre lo posible, es darle al niño la seguridad para explorar, es acompañar su desarrollo en función a sus tiempos, sus espacios, sus deseos y sus posibilidades.

Como menciona Beatriz Janin, al igual que tantos otros autores, la subjetividad se construye en un intercambio con otros, buena premisa para pensar ¿Qué otro queremos ser?, tenemos la posibilidad de ser ese otro invalidante, o ser (sobre todo en infancia) ese otro que toma la mano y acompaña a descubrir los caminos posibles.